

Ya hemos dicho que san Juan Crisóstomo dedica á Estelequio su segundo libro sobre *la Contrición*. Llámale hombre de Dios, y con grande humildad se encomienda á sus oraciones, para que le alcance de Dios el don precioso de la compunción, y la gracia de hablar dignamente de él. Porque para hablar, dice, como se debe, del fuego sagrado de la contrición, es preciso estar abrasado en él, y ¿ como puedo estarlo yo, cuando no tengo ni una chispa de él ? Pide, pues, al Señor, que al hablar de él, se encienda en mi alma : que sea purificada de todo lo que la mancha, y que pueda elevarse á los bienes del cielo, únicos que debe procurar. »

Dice despues que, para obtener el don de la compunción, es preciso estar léjos de las agitaciones del siglo, y encerrarse en el reposo y tranquilidad del corazón, á fin de estar más atento á Dios á medida que se esté más libre de las agitaciones que producen los cuidados de las cosas del mundo. Añade que no es necesario para ello retirarse al fondo de un desierto, sino que basta con el desprendimiento interior y la soledad de corazón.

Propone como modelos de contrición á san Pablo y al real Profeta. Éste, aunque implicado en los negocios del mundo y encargado de la gobernación de un estado, estaba, no obstante, más penetrado de los sentimientos de una viva compunción, que los que habitan en una soledad. La contrición habia obrado en él tan gran mudanza, y le habia desprendido tanto de las cosas del mundo, que más bién que señor de sus súbditos, se consideraba como servidor de ellos. Se miraba en el trono como un culpable encadenado en una prisión : veia la púrpura de que se hallaba revestido como un cilicio, y el real palacio era para él como un desierto : pues sólomente la contrición puede cambiar la disposición del corazón, y hacer que al mismo tiempo que se mire la púrpura con honor, no se encuentre pla-

cer más que en la ceniza, en el cilicio y en las lágrimas.

Otro tanto acontecia á san Pablo. Aunque obligado por su ministerio de Apóstol á morar entre los hombres, vivia con tanto desprendimiento de las cosas de la tierra, que todas sus afecciones estaban en el cielo. Así es que puede decirse que estaba tan separado de aquellos con quienes vivia en el mundo, como nosotros lo estamos de los muertos. Hé aquí porque decia, que el mundo estaba crucificado para él, y él lo estaba para el mundo, con lo cual significaba que era insensible para las cosas de él. Nada de particular dice asegurando que el mundo estaba crucificado para él ; pero añade, como una práctica mucho más perfecta, que él también estaba crucificado para el mundo.

El medio, pues, de adquirir la verdadera compunción es desprendernos de los cuidados del mundo : no tomar parte alguna en lo que pasa en él : cerrar las puertas de los sentidos para que no vengan á turbar y preocupar á nuestra alma las cosas exteriores : entrar en la soledad interior y retirarse dentro de sí mismo para presentarse á Dios con desprendimiento y pureza de corazón. El santo Doctor insiste en esta materia en todo este segundo libro, y lo hace con tanta energía y unción, que no se pueden leer sus palabras sin sentir vehemente deseo de aprovecharse de ellas, y sin admirar su sublime elocuencia.

Nos resta hablar de Estagiros, á quien san Crisóstomo dedica sus tres libros *de la Providencia*. No es creible que los escribiera en la soledad : puesto que Sócrates asegura que era diácono cuando los compuso ¹, y viviendo, por consiguiente, en Antioquía. Así pues, no haremos el análisis de ellos, sino que nos fijaremos sólomente en el santo varón á quien fueron dedicados, y que profesó la vida monástica.

¹ Tillemont es de opinión contraria y cree que el Santo se hallaba todavía en la soledad. Tom. II, pag. 25 y 254, nota 12.

Estagiros fué educado desde su infancia en el estudio de las letras sagradas y alimentado con la doctrina de la verdad, que desde muy antiguo profesaba su familia. Su padre que era muy rico y de elevada alcurnia, tenia muchos hijos, pero profesaba á éste un especial cariño. Como era hombre de carácter muy áspero y dado á la disipación, es de suponer que la piadosa educación de Estagiros se debiese á los cuidados de su madre. Como quiera que sea, en el corazón de este jóven se habia derramado la buena semilla, la cual no creció por el pronto, porque como tantos otros, vivió durante algún tiempo en el lujo y en la afición á las cosas de la tierra, pero sin entregarse tampoco á excesos ni desarreglos. Dios no tardó en abrirle los ojos de su alma y en hacerle conocer las vanidades de las cosas de la tierra, lo cual le determinó á abrazar la vida monástica y á consagrarse enteramente al servicio del Señor.

Esta resolución exasperó extraordinariamente á su padre, quién la consideró como un deshonor para su familia, y se opuso á ella con toda su energía. Pero Estagiros no se intimidó, sino que se retiró á un monasterio. Al poco tiempo, sin embargo, fué entibiándose el fervor que le habia hecho abandonar tan generosamente el mundo: los ejercicios monásticos se le fueron haciendo penosos: costábale trabajo el levantarse de noche para cantar el oficio divino, y se solia enfadar con el que le despertaba. No le agradaba el que le reprendiesen: causábale fastidio la lectura, y se entretenia en cultivar los árboles de un jardin. Notábase también que su carácter se habia vuelto áspero, y que no habia olvidado enteramente su nobleza y las riquezas de su casa.

El Señor que le amaba, y que en su misericordia le habia retirado del medio para hacerle uno de sus más fieles servidores no permitió que durase mucho tiempo esta negligencia, que le habria hecho perder el fruto de su

sacrificio, y para librar su alma de una tibieza que habria de serle tan funesta, entregó su cuerpo al demonio.

Oraba un dia Estagiros en compañía de los demás religiosos, cuando de repente le acometió el maligno espíritu y le derribó en tierra. Al mismo tiempo empezó á arrojar espuma por la boca, á hacer horribles contorsiones, á dar gritos espantosos y otras señales de la presencia del demonio. Despues quedó durante algún tiempo inmóvil y privado de sensibilidad.

Hallándose acostado á la noche siguiente, se le apareció un jabalí cubierto de lodo, el cual se arrojó muchas veces sobre él. Al ruido se levantó un religioso que dormia en su celda, y quedó espantado al verle agitado nuevamente por el demonio.

Desde entónces fué atacado por el maligno espíritu á intervalos: pues si en algunas ocasiones llegaba á creerse libre, no tardaba en sufrir nuevos ataques. El deseo de verse libre de un huésped tan cruel, le hizo entregarse con mas asiduidad á la oración, al ayuno y á las vigiliass. Empezó peregrinaciones á las tumbas de los mártires en que muchos habian encontrado el beneficio que él buscaba. Recurrió también á un santo abad y á sus religiosos á quienes Dios habia concedido un poder maravilloso sobre los espíritus infernales. Pero todo fué inútil.

Esto le sumergió en un grande abatimiento y en una profunda tristeza: pues por una parte se sentia arrastrado por la desesperación á darse muerte, y esto le horrorizaba: mientras que por otra consideraba que si su padre llegase á saber su situación, culparia á su madre y á los monjes tomando ocasion para maltratarles.

Además, no podia concebir, como, habiéndolo abandonado todo para consagrarse á Dios y vivir en penitencia, habia sido entregado á la tiranía del demonio; mientras que, cuando vivia en medio de los placeres y de la abun-

dancia del mundo, no habia experimentado tan grande mal. Pero Dios cuyos consejos son impenetrables al espíritu humano, lo dispuso de esta manera para que su alma sacase un grande bién. Así es que, despues de esta época de prueba, se vió á Estagiro entrar en los caminos de la perfección y hacerse un modelo edificante de todas las virtudes religiosas. Se consagró enteramente á la lectura, á la oracion, á las vigiliyas y al recogimiento no comia más que cada dos dias, siendo su único alimientto el pan y el agua. Pasaba muchas noches sin dormir y se hallaba penetrado de tan viva compunción que le hacia derramar casi continuamente lágrimas, de suerte que muchos que le veian ó le oían hablar se sentian movidos y formaban designio de abrazar la penitencia.

Guardaba un silencio tan rigoroso en medio de sus hermanos, que podia asegurarse que hacia vida de anacoreta. Jamás levantaba sus ojos para mirar á nadie. Su humildad era tan profunda, que por grandes que fuesen las alabanzas que se le tributasen, no habia temor de que le afectasen, ni que dejase de tenerse por el último de los hombres. Así es que, léjos de ceder al demonio que le atacaba con tanta violencia, triunfaba siempre de él con la constancia de su celo, y tan luego como pasaba el acceso de la posesión, se le veia levantarse para orar, para dar gracias á Dios, y para volver con mayor fervor y ánimo á los ejercicios de su estado, lo que hacia decir á san Juan Crisóstomo que no sólomente habia igualado en virtud á los religiosos de su tiempo, sino que habia llegado á la de los antiguos más consumados en la perfección.

Este santo Doctor que con él habia vivido en el monasterio, y que le habia profesado la más estrecha amistad, no pudo ménos de experimentar vehementísimo dolor al tener noticia de la posesión por un amigo de ambos llamado Teófilo de Éfeso. Tanto le afectó esta desgracia, que ha-

bria ido inmediatamente á consolarle y á prestarle los auxilios que de él dependiesen, si no se lo hubieran impedido unos agudísimos dolores de cabeza que por entónces padecia. Pero en compensación y para inspirarle consuelo y santo ánimo se resolvió á escribirle los tres libros sobre *la Providencia*, obra admirable y digna de tan gran Doctor, en que todas las personas afligidas pueden aprender los designios de Dios en las cruces que envia á sus siervos, y el uso santo que deben hacer de ellas.

Aunque no hagamos aquí una exposición de toda la obra, haremos notar, sin embargo, en pocas palabras, que en el primer libro demuestra el Santo á Estagiro que nada ocurre en la tierra sino por permisión de Dios, el cual, al castigar á los hombres, se propone únicamente su bien, como lo prueban muchos ejemplos: que esta bondad de Dios brilla hasta en las tentaciones que permite les suscite el demonio, porque éstas nos obligan á ejercer mayor vigilancia, á redoblar el cuidado de nuestra salvación, y á recurrir á él con más fervor y confianza. Confirma esta verdad con su propia experiencia, pues hallándose dominado de la tibieza ántes de la posesión del maligno espíritu, se encontraba ahora en un estado más perfecto y más aplicado á sus deberes.

Le exhorta muy encarecidamente en el segundo libro á que no se abandone á la tristeza, que más que al demonio, debe atribuir á la pena que su estado le produce. Para sobrellevarla, le dá un remedio, y es que no juzgue de su situación como pudiera juzgar el mundo, sino según el dictámen de la razón y las enseñanzas de la religión, que propone el sufrimiento como uno de los medios de expiar las faltas pasadas. Y por último, que no desea tanto su curación, como el que sepa hacer un santo uso y aprovecharse de su presente estado. Concluye este libro con esta sentencia admirable y digna de nuestra atención. « Un

cristiano no debe afligirse más que por dos motivos : cuando ha tenido la desgracia de ofender á Dios, y cuando vé que es ofendido por otros. »

En el tercer libro le hace notar, que lo que sufre es un pequeño mal en comparación con lo que otros sufren. Cita dos ejemplos : uno de un anciano, llamado Demófilo, que, habiendo pertenecido á una familia ilustre, se veia reducido á una miseria extrema, hallándose además privado del uso de todos sus miembros hacía quince años. El otro se refiere á Oristoxono de Bitinia, que se hallaba afligido por unos dolores excesivos, sin tener el más pequeño alivio, y que hacía seis años se encontraba en el estado más lastimoso, abandonado de los médicos, despreciado de sus amigos, y privado de todo consuelo.

Aparece de una carta de san Nilo, que la posesión de Estagiros duraba aún en su tiempo, lo cual demuestra que Dios ejerció su paciencia con esta cruz durante muchos años, y que lo sostuvo con su gracia en esta larguísima prueba : pues el Santo le llama varón venerable por su compunción y por su piedad : ensalza su humildad, y hablando de las vejaciones que sufría de parte del demonio, le considera como uno de los más célebres ejemplos de lo que Dios hace sufrir á los Santos, para aumentar su recompensa, y para inspirar saludable temor á los pecadores.

TEODORETO, OBISPO DE CIRO.

Tomanos de la historia religiosa escrita por Teodoreto, y titulada *Filoteo*, lo que vamos á decir de muchos solitarios que florecieron en la montaña de Antioquía y otros países inmediatos. Asegura en el prefacio que de la mayor parte de ellos habla como testigo ocular, y en cuanto á los que no ha visto, refiere lo que ha oido de personas dignas de toda fé. Pero ántes de hablar de estos grandes siervos de Dios, conviene que tracemos, aunque no sea más que en compendio, la vida de este célebre obispo de Ciró, á quien debemos las actas de tantos y tan ilustres personajes, de quienes nada sabriamos, si no se hubiese tomado el trabajo de detallar sus virtudes.

Teodoreto era natural de Antioquía, y él mismo dice que sus padres le obtuvieron por las oraciones de san Macedonio, que habitaba en una montaña inmediata á esta ciudad. Le ofrecieron á Dios ántes de que naciese, refiriendo todas estas circunstancias en la vida de este Santo : « Mi madre, dice, no habia tenido ningún hijo, y soportaba hacía trece años su esterilidad con gran paciencia, porque era muy piadosa, y estaba persuadida de que Dios lo permitiría así para su propio bién. Pero mi padre no pensaba de la misma manera : deseaba tener hijos, é iba buscando por todas partes á los siervos de Dios, para que pidiesen esta gracia al Señor. »

Todos le prometian orar, y al mismo tiempo le exhortaban á que se sometiese á la voluntad del Señor ; pero Ma-